

Rosalía de Castro

A mi madre

Versos

XUNTA DE GALICIA

Edita: Xunta de Galicia.
Consellería de Cultura e Turismo

Lugar: Santiago de Compostela

Ano: 2019



Edición electrónica a partir de:

A mi madre: versos / Rosalía Castro de Murguía
Vigo, 1863 / Imprenta de D. Juan de Compañel

Esta obra, seleccionada pola Biblioteca de Galicia para enriquecer a colección de libros electrónicos de Galiciana-Biblioteca Dixital de Galicia, atópase en dominio público, polo que a utilización destes textos é libre e gratuíta.

No proceso de conversión desta obra a formato ePub tentouse respectar na maior medida posible o texto orixinal, por exemplo en todo o relacionado coa ortografía, pero pode atopar modificacións puntuais co obxecto de obter unha mellor lexibilidade e adaptación ao novo formato. Se atopa erros ou anomalías no texto que presentamos, estaremos moi agradecidos se nolo fan saber a través do enderezo electrónico biblioteca.galiciana@xunta.gal.

REAL ACADEMIA
GALLEGA
LA CORUÑA

F 6945

Biblioteca



A MI MADRE.



A. MIE MADRE.



A MI MADRE.

VERSOS

DE

ROSALIA C. DE MURGUIA.

VIGO.—1863.

IMP. DE D. JUAN COMPAÑEL.



A MI MADRE

1803

ROSA C. DE MURCIA

VIGO-1803

IMPRESA EN LA TIPOGRAFIA DE DON JUAN DE MURCIA



46. Biblioteca del Instituto de Orense.



I.

Cuan tristes pasan los dias!...
Cuan breves... cuan largos son!...
Como van unos despacio,
Y otros con paso veloz...
Mas siempre cual vaga sombra
Atropellándose en pos,
Ninguno de cuantos fueron,
Un débil rastro dejó.

Cuan negras las nubes pasan,
Cuan turbio se ha vuelto el sol!
Era un tiempo tan hermoso!..
Mas ese tiempo pasó.
Hoy, como pálida luna
Ni da vida ni calor,
Ni presta aliento á las flores,
Ni alegría al corazon.



Cuan triste se ha vuelto el mundo!
Ah! por do quiera que voy
Solo amarguras contemplo,
Que infunden negro pavor,
Solo llantos y gemidos
Que no encuentran compasion...
Que triste se ha vuelto el mundo!
¡Qué triste le encuentro yo!...

II.

Ay! que profunda tristeza,
Ay! que terrible dolor!
Tendida en la negra caja
Sin movimiento y sin voz,
Pálida como la cera
Que sus restos alumbró,
Yo he visto á la pobrecita
Madre de mi corazon!

Ya desde entonces no tuve
Quien me prestase calor,
Que el fuego que ella encendia
Aterido se apagó.
Ya no tuve desde entonces
Una cariñosa voz
Que me dijese: ¡hija mia,
Yo soy la que te parió!



Ay! que profunda tristeza,
Ay! que terrible dolor...
Ella ha muerto, y yo estoy viva!
Ella ha muerto y vivo yo!
Mas ay! pájaro sin nido
Poco lo alumbrará el sol,
Y era el pecho de mi madre
Nido de mi corazón!



I.

Ay! cuando los hijos mueren,
Rosas tempranas de abril,
De la madre el tierno llanto
Vela su eterno dormir.

Ni van solos á la tumba,
Ay! que el eterno sufrir
De la madre, sigue al hijo
A las regiones sin fin.

Mas cuando muere una madre,
Unico amor que hay aquí;
Ay! cuando una madre muere,
Debiera un hijo morir.

II.

Yo tuve una dulce madre,
Concediérámela el cielo,



Mas tierna, que la ternura,
Mas ángel, que mi ángel bueno.

En su regazo amoroso,
Soñaba... sueño quimérico!
Dejar esta ingrata vida
Al blando son de sus rezos.

Mas la dulce madre mia,
Sintió el corazon enfermo,
Que de ternura y dolores,
Ay! derritióse en su pecho.

Pronto las tristes campanas
Dieron al viento sus ecos;
Murióse la madre mia;
Sentí rasgarse mi seno.

La virgen de las Mercedes,
Estaba junto á mi lecho...
Tengo otra madre en lo alto...
Por eso yo no me he muerto!



I.

Ya pasó la estación de los calores,
Y lleno el rostro de áspera fiereza
Sobre los restos de las místicas flores,
Asoma el crudo invierno su cabeza.

Por el azul del claro firmamento,
Tiende sus alas de color sombrío,
Cual en torno de un casto pensamiento,
Sus alas tiende un pensamiento impío.

Y gime el bosque, y el torrente brama,
Y la hoja seca en lodo convertida,
Dale llorosa al céfiro á quien ama
La postrera, doliente despedida.

II.

Errantes, fugitivas, misteriosas,
Tienden las nubes presuroso el vuelo,



No como un tiempo cándidas y hermosas,
Si llenas de amargura y desconsuelo.

Mas allá... mas allá... siempre adelante
Prosiguen sin descanso su carrera;
Bañado en llanto el pálido semblante,
Con que riegan el bosque y la pradera.

Que enojada la mar donde se miran
Y oscurecido el sol que las amó,
Solo saben decir cuando suspiran,
Todo para nosotras acabó.

III.

Suelto el ropaje y la melena al viento,
Cual se agrupan en torno de la luna...
Locas en incesante movimiento,
Remedan el vaiven de la fortuna.

Pasan, vuelven, y corren desatadas,
Hijas del aire en forma caprichosa,
Al viento de la noche abandonadas
En la profunda oscuridad medrosa.

Tal en mi triste corazón inquietas,
Mis locas esperanzas se agitaron,



Y á un débil hilo de placer sujetas,
Locas... locas tambien se quebrantaron.

IV.

Ya toda luz se oscureció en el cielo,
Cubrieronse de luto las estrellas,
Y de luto tambien se cubrió el suelo,
Entre risas, gemidos y querellas.

Todo en profunda noche adormecido,
Solo el rumor del huracan se siente
Y se parece su áspero silbido
Al silbido feróz de una serpiente.

¡Cuán tenebrosa noche se prepara!...
Mas al abrigo de amoroso techo,
Grato es pensar que la hórrida tormenta
No ha de agitar la colcha de mi lecho.

V.

Mas... ¿qué estridente y májico alarido
La ronca voz de la tormenta trae?
Triste... vago... constante y dolorido,
Cual fuego ardiente, en mis entrañas cae.



Cae, y ahuyenta de mi lecho el sueño...
Ah! como he de dormir?... locura fuera,
Fuera locura y temerario empeño
Que con gemidos tales me durmiera.

Ah! ¿cómo he de dormir? ese lamento,
Ese grito de angustia que percibo,
Esa espresion de amargo sufrimiento
No pertenece al mundo en que yo vivo.

VI.

Donde el ciprés erguido se levanta,
Allá en lejana habitacion sombría,
Que al mas osado de la tierra espanta,
Sola duerme la dulce madre mia.

Mas helado es su lecho que la nieve,
Mas negro y hondo que caverna oscura,
Y el euro altivo que sus antros mueve,
Sácia su furia en él, con saña dura.

Ah! de dolientes sauces rodeada,
De húmeda yerba y ásperas ortigas:



¡Cuál serás, madre, en tu dormir turbada,
Por vagorosas sombras enemigas!

VII.

¿Y yo tranquila, he de gozar en tanto
De blando sueño y lecho cariñoso,
Mientras herida de mortal espanto
Moras en el profundo tenebroso?

¿Llegará á tanto el insensible olvido?...
La ingratitud del hombre á tanto alcanza,
Que entre uno y otro lazo desunido
Ceda siempre al vaiven de la mudanza?

¡Odioso y torpe proceder de un hijo,
A quien la dulce madre en su agonía,
Con besos y caricias le bendijo
Olvidando el dolor por que moría!

VIII.

Nunca permita Dios que yo te olvide,
Mi santa, mi amorosa compañera:
Nunca permita Dios que yo te olvide
Aunque por tanto recordarte muera!



Venga hácia mí tu imágen tan amada
Y hableme al alma en su language mudo
Ya en la serena noche y reposada,
Ya en la que es parto del invierno crudo.

Y que en tu aislado apartamiento fiero,
Tan ajeno del hombre y su locura,
Velen, mi llanto y mi dolor primero,
Al lado de tu humilde sepultura.



I.

De gemidos quejumbrosos,
De suspiros lastimeros,
Vago suena en el espacio
Melancólico concierto...
Son las campanas que tocan...
Tocan por los que murieron!
Plañidero el metal vibra,
Las regiones recorriendo
De los valles solitarios,
De los tristes cementerios,
Y tambien allá en la hondura
De las almas sin consuelo.
¡Vasto páramo es la mia,
Como abrasado desierto,
Como mar que no se acaba,
Y en ella un sepulcro tengo
Mas profundo que un abismo,
Mas ancho que el firmamento,



Y al eco de las campanas
Que en el se va repitiendo,
Los esqueletos se rompen,
De mis pálidos recuerdos!
Será cierto que pasaron,
Y para siempre murieron?
¿Es verdad que cuanto toco,
Cuanto miro y cuanto quiero
Todo ilusion me parece,
Todo me parece un cuento!..
Y que tuve un tiempo madre
Y que ora ya no la tengo...
Tambien un sueño parece,
¡Pero qué terrible sueño!



Ayer en sueños te ví...
Que triste cosa es soñar,
Y que triste es despertar
De un triste sueño... ay de mí!

Te ví... la triste mirada,
Lánguida hácia mí volvías,
Bañada en lágrimas frías,
Hijas de la tumba helada.

Y parece que al mirarme,
Con tu mirada serena,
Todo el raudal de mi pena
Se alzaba para matarme.

Y también me parecía
Que tu acento desolado,



Llegando hasta mí pausado;
—Ya estoy muerta!— repetía.

Y al repetirlo, gimiendo
El eco en el hondo abismo
De mi pecho, iba así mismo
—Ya estoy muerta!— repitiendo.

Y que terror... que quebranto
Aquel eco me causaba...
Llegué á pensar que me hallaba,
En la región del espanto.

Y aun que era mi madre aquella,
Que en sueños á ver tornaba,
Ni yo amante la buscaba,
Ni me acariciaba ella.

Allí estaba sola y triste,
Con su enlutado vestido,
Diciendo con manso ruido:
—Te he perdido y me perdiste.—

Y llorábamos... ¡qué horror!
Llorábamos de tal suerte;
Ella lágrimas de muerte,
Yo lágrimas de dolor.



Todo en osco apartamiento,
Como si una estraña fuera,
O cual si herirme pudiera,
Con el soplo de su aliento.

Y es que el sepulcro insondable,
Con sus vapores infectos,
Mediaba entre ambos afectos,
De un origen entrañable.

Aun en sueños! tan sombría,
La contemplé en su ternura,
Que el alma con saña dura,
La amaba y la repelia.

A la dulce, á la sin par
Madre que me llevó el cielo!
Ah! que amargo desconsuelo
Debe su tumba llenar!

Aquella á quien dió la vida,
Tener miedo de su sombra!
Es ingratitud que asombra,
La que en el hombre se anida!



Mas tú que tanto has amado,
Tú que tanto has padecido,
Tú que nunca has ofendido,
Y que siempre has perdonado.

A la que nació en tu seno
Sé que no guardas rencores;
Tú toda mieles y amores,
Aun de la tumba en el cieno.

Ruega, ruega á Dios por mí,
Desde tu lecho de espinas,
Por donde al cielo caminas
Al alejarte de aquí.

Y cuando al Dios de ternura,
Llegues de gracia cubierta,
Dile no cierre su puerta
A esta humilde criatura.

Por que en santa paz unidas,
Donde no hay penas ni olvido,
Gocemos en blando nido,
Las glorias desconocidas.



Como en un tiempo dichoso
Fuí al campo por la mañana,
Que estaba hermosa y risueña,
Que fresca y galana estaba;
Fuíme al romper de la aurora,
Cuando tocaban al alba,
Cuando aun los hombres dormían
Y los jilgueros cantaban
Saltando de rosa en rosa,
Volando de rama en rama.

Con su murmurio apacible,
Solita la fuente estaba,
Bajo el castaño frondoso
Que tiernamente la guarda.
Y estaba la verde yerba
Toda cubierta de escarcha.
Las ténues lejanas nieblas
Cual vaporosos fantasmas,
Vagaban tristes y errantes
Sobre las altas montañas.



El lejano campanario
Sobre las nieblas se alzaba,
Con sus graciosos festones,
Con su armoniosa campana.
Y en torno el humilde templo,
Bajo su sombra guardadas,
Veíanse humildes chozas,
Aun mas que la nieve blancas.

¡Cuánta pureza en la atmósfera!
Cuanta dulcísima calma,
Del cielo azul descendiendo,
En torno se respiraba!
Mas yo vestida de luto
Y aun mas enlutada el alma,
Bajo las ramas del bosque
Bajo las ramas paseaba
Soñando en sueños de muerte
Que nos rasgan las entrañas.
Paseaba yo silenciosa,
Paseaba yo solitaria.
Mientras las aguas del rio
Camino del mar rodaban.
En vano, en vano buscando
Al ángel de mi esperanza
Que con sus alas ligeras,
Hacia los cielos tornara.

Pobre ángel! pobre ángel mio.,.
Cuanto en la tierra te amaba!



¿Mas cómo no amarte cuando
Tus alas me cobijaban,
Si fueron ellas mi cuna,
La cuna en que me arrullabas.
Si fueron mi dulce aliento
Y el paño, ay! Dios! de mis lágrimas!
Hora corren hilo á hilo,
Hora mis megillas bañan,
Bañan la tierra que piso
Y en su amargura me empapan,
Mas nadie viene, ángel mio,
Ay! nadie viene á enjugarlas.

.....

Ya el sol bañaba las cumbres
De las risueñas montañas,
Ya disipáran las nieblas,
Las brisas de la mañana;
Ya despertaran los hombres,
Ya no tocaban al alba,
Cuando torné de los campos,
Paso tras paso á mi casa.
Dejárala silenciosa
Cuando salí á la mañana,
Y silenciosa á mi vuelta,
Mas que las tumbas estaba.
En la solitaria puerta
No hay nadie... nadie me aguarda!
Ni el menor paso se siente
En las desiertas estancias.
Mas hay un lugar vacío



Tras la cerrada ventana,
Y un enlutado vestido
Que cual desgajada rama
Pende en la muda pared
Cubierto de blancas gasas.
No está mi casa desierta,
No está desierta mi estancia...
Madre mia... madre mia,
Ay! la que yo tanto amaba,
Que aun que no estás á mi lado
Y aunque tu voz no me llama,
Tu sombra si, si... tu sombra,
Tu sombra siempre me aguarda!



Muchos lloran, y lloran, y se quejan,
Y entre quejas, y llantos, y suspiros,
Que hijos son del dolor,
La ruda fuerza del dolor mitigan,
Cantando al son de lira cariñosa
Con plañidera voz.
Yo ni lloro, ni canto, ni me quejo,
Mas en mi seno recogida guardo
La hiél del corazon;
Y por eso, vivir, vivo muriendo,
Que sentir nadie sin morir pudiera,
Ay! lo que siento yo!

Rosalía Castro de Murguía.



De este folleto no se tiraron mas que cincuenta
ejemplares, que van numerados y con el nombre
de la persona á quien se destina cada uno.



galicia



GALICIANA
BIBLIOTECA DIXITAL DE GALICIA



Xacobeo 2021



**XUNTA
DE GALICIA**